

REGIS DEBRAY HA

ENTREVISTA EXCLUSIVA CONCE-
DIDA POR REGIS DEBRAY, TRES
DIAS DESPUES DE SU LIBERTAD

EN el tercer día de su liberación, en una residencia particular de Santiago de Chile, Régis Debray conversa, posterga las instancias de una entrevista formal; prefiere dialogar, discutir. Demanda datos, información de apoyo, a su esposa, Elizabeth Burgos.

Hace sólo pocas horas que se reencontraron: él, libre de la cárcel de Camiri; ella, libre de los múltiples, delicados pases con los que colaboró en obtener la excarcelación de su esposo. Sólo muy pocos amigos personales y lo que él define como compromisos ineludibles conocen su paradero en Santiago.

Régis Debray subraya que, de entre esos compromisos, él quiere conversar, conceder una entrevista exclusiva a la revista chilena «Punto Final» —de la cual, Régis Debray es uno de sus colaboradores— y a la agencia noticiosa Prensa Latina para el ámbito internacional. «Quiero que sea la primera, después de mi libertad, informal, en que se hable de muchas cosas», dice.

Estamos en torno a una mesa Elizabeth Burgos, Régis Debray, Manuel Cabieses, director de «Punto Final», y Jorge Timossi, corresponsal de Prensa Latina en Chile. A la izquierda de Debray, una grabadora. Y lo que nunca falta en un diálogo como éste: café, cigarrillos, papeles, recortes de periódico.

Debray viste un pullover gris, pantalones oscuros y de tela gruesa, los mismos que usaba en Camiri. Mientras habla, juega constantemente con un pequeño reloj de bolsillo unido a una cadena. Físicamente no ha cambiado mucho. Su temperamento es el mismo, nervioso y permanentemente activo. Parece todavía inadaptado al ambiente sombrío y confortable de su discreto retiro santiaguino.

Se intercambian los recuerdos, los lugares de encuentros, los nombres de los amigos comunes,

A partir de la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), se planteó en los medios revolucionarios hispanoamericanos el problema entre la «lucha armada» (las guerrillas) y la «revolución por otros medios». La muerte del «Che» hizo emerger a los ortodoxos de la revolución —principalmente, los partidos comunistas ortodoxos— frente a los guerrilleros. Las polémicas estaban montadas en torno al libro de Régis Debray, «¿Revolución en la revolución?». Las interrogantes señalaban ya el carácter dubitativo —o más bien tímido— con que Debray enunciaba sus teorías; algunos de sus apasionados seguidores —sobre todo en Europa, donde las «condiciones objetivas», según la jerga, eran esencialmente distintas— le quitaron las interrogantes y lo convirtieron en dogma. Régis Debray cayó en la misma emboscada en que el comandante Guevara y ha estado tres años en prisión. Durante esos tres años, numerosos acontecimientos se han desarrollado en Hispanoamérica: cambios de sistema en Perú y Bolivia, cambio legal en Chile, oscilaciones de la guerrilla campesina a la urbana (Tupamaros), fragmentación de movimientos

revolucionarios (ortodoxos, trotskistas, maoístas, fidelistas, sin partido...), aparición de teóricos (los de la revolución como fin y no como medio, que son a su vez heterodoxos de Debray); incluso variaciones interiores en Cuba (a partir de la «crisis Escalante»), en las relaciones de los países iberoamericanos con Cuba, en las de Estados Unidos con los países iberoamericanos... Este mundo cambiante es el que ha encontrado Debray al salir de la cárcel de Camiri. Sus primeras reflexiones aparecen en la entrevista que publicamos con los periodistas Jorge Timossi y Manuel Cabieses. La entrevista se desarrolló a los tres días de la puesta en libertad de Régis Debray. Las opiniones del ideólogo encarcelado pueden tener un interés estrictamente documental para la comprensión del fenómeno hispanoamericano, o ayudar al balance y juicio de otros datos. Junto con esta entrevista publicamos un artículo del periodista uruguayo Carlos María Gutiérrez, observador de la vida boliviana y uno de los más sagaces comentaristas políticos de América, acerca de las condiciones en que se mantuvo la prisión y en que fue liberado Régis Debray. Constituyen otro documento.

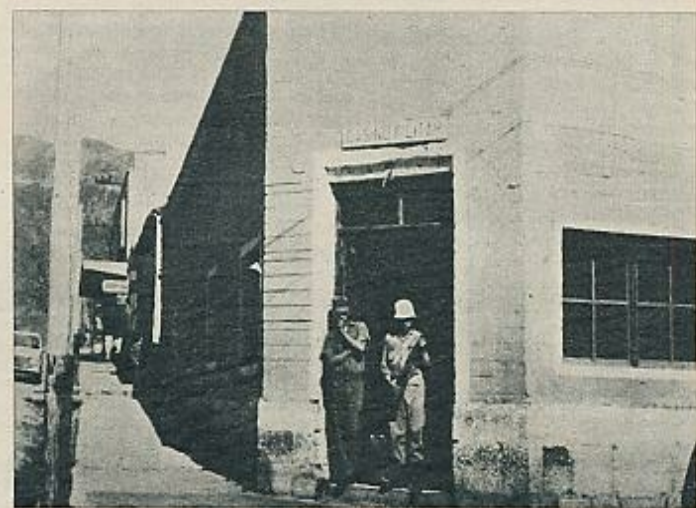
un poco un balance de la lucha revolucionaria en América Latina, las nuevas posibilidades que surgen en Chile. La grabadora comienza a rodar sin previo aviso. No obstante, Régis Debray siempre reflexiona antes de contestar. Elizabeth, apunta: «Pero Régis, mira que ya has salido de Camiri...».

—Bueno, finalmente, ¿crees vigente la lucha armada para la toma del poder en América Latina?

DEBRAY.—Sí, me parece vigente. Pero lo que pongo en tela de juicio es que se pueda hablar de la lucha armada. Yo creo que hay luchas armadas, no la lucha armada. Cada país, cada situación, requiere su tipo de lucha apropiada, la combinación de varios tipos de lucha armada y la combinación, asimismo, de varias luchas armadas con otros tipos de lucha que no son armadas. Por ejemplo, lo que pasa en Uruguay. La lucha de los tupamaros no entorpece necesariamente la formación de un frente unido político, o sea, se puede concebir que no hay contradicción y que hay cierto tipo de coordinación objetiva. Allí hay mucha inteligencia política, hay acierto en la dirección política de la lucha armada.

Por otra parte, suponer que la lucha armada ha fracasado no es efectivo. Claro, ha fracasado en algunas —de sus oportunidades. Pero cuando Lenin, por ejemplo, hablaba de los fracasos, no hablaba de ellos como de una derrota. Hablaba como de una adquisición, analizaba el fracaso como un logro político en tanto

que experiencia, en tanto que capital acumulado, en tanto que trampolín, en tanto que base para corregir y continuar luchando. O sea: hay que quitarse un poco la vergüenza del fracaso. El fracaso es lo que uno hace de él. No hay fracaso en sí; mil novecientos cinco fue un fracaso, pero hubo un partido bolchevique que lo



Casino Militar de Camiri, donde estuvo preso Debray antes de ser juzgado.

JORGE TIMOSSI y MANUEL CABIESES

BLA EN LIBERTAD



Lebray, al salir de la prisión de Camiri (Bolivia).

sumió, lo superó, y el mil novecientos cinco preparó el mil novecientos diecisiete. Todo fracaso debe ser convertido en experiencia. No hacer esto es un poco de ebilidad de todos los compañeros revolucionarios, la que además puede ligarse a la subestimación del trabajo teórico. Por eso me parece importante la autocritica. Toda autocritica es una victoria.

—Tú has mencionado a los tupamaros, que, sin duda, constituyen uno de los movimientos evolucionarios más importantes del Continente. ¿Cuál es tu opinión precisa de ellos?

D.—La experiencia de los tu-

pamaros es apasionante en muchos sentidos. Por ejemplo, cuando cayó preso Raúl Sendic —y dijo a las autoridades que él era sólo un soldado—, los tupamaros probaron que habían acabado con la mística del jefe para reemplazarla por la mística de la organización. Esto es colosal, propio de la situación en el cono Sur. En el Caribe es distinto, porque la trayectoria histórica es distinta. Creo también que los tupamaros son un ejemplo del dominio de lo político sobre lo militar. Cuando uno mide la inteligencia política de cada acción militar de los tupamaros, se observa que hay una cabeza política que anda, una cabeza política que conoce

muy bien la lucha de clases. La acción de los tupamaros se inserta en huelgas, reivindicaciones económicas y tomas de fábricas. Encuentra su punto de inserción concreto en las luchas de las masas. Los tupamaros van constantemente supeditándose a la lucha de las masas, o las van acelerando, precipitando, pero siempre teniendo en cuenta factores políticos. Otra cosa formidable de los tupamaros es cómo han logrado hacer política sin decirlo y sin discutirlo. Han hecho de su política una praxis, evitando polémicas de tipo abstracto, ideológicas. Tengo entendido que ellos nunca atacaron directamente a ninguna organización de izquierda, lo cual

no es apoliticismo, es una política.

—Parece que has reflexionado en la cárcel sobre este tema, lo político-militar.

D.—Sí. En la medida en que yo he madurado políticamente, he vuelto a interesarme en las fuentes de la teoría revolucionaria: el leninismo. He llegado a descubrir que muchas cosas políticas e ideológicas que se discutían a principios de siglo pueden sernos hoy muy útiles. Y no sólo estoy pensando en Lenin y en sus numerosos análisis sobre el Estado, el partido, los sindicatos, etcétera. Por ejemplo, hay otros clásicos que merecen mucha atención, como Rosa Luxemburgo y sus en-

REGIS DEBRAY

foques sobre la dictadura del proletariado y el papel del partido. Ella observó, en su época, ciertos peligros de lo que podríamos llamar un leninismo exacerbado, del leninismo del «¿qué hacer?», de un leninismo que ya el propio Lenin estaba superando al término de su vida.

—Con referencia a esto, ¿en qué estás pensando?

D.—Particularmente en Cuba. Cuando Cuba se enfrenta al problema de la democracia proletaria de cómo crear, de cómo revitalizar, toda la búsqueda fundamental que hay ahí, la revigorización de las organizaciones de masas, la participación del pueblo, y no sólo la discusión, sino también la participación en las decisiones. A mí me parece que hay todo un conjunto de nuevas situaciones, y algunas no tan nuevas, que deben ser estudiadas. Lamentablemente, yo no estoy muy bien informado y esta es mi preocupación mayor actualmente. Pero a mí no me extraña el esfuerzo de los cubanos en ese sentido, lo que encuentro formidable. Y no me parece casual que esté ocurriendo en Cuba un proceso tan importante. Creo que se está reactualizando una serie de problemas que en el campo socialista habían sido un poco tapados por algo de pereza ideológica y mentalidad burocrática que afectó al movimiento obrero hace algún tiempo.

Por eso también, y por la solidaridad que Cuba me prestó, tengo gran deseo de ver a Fidel y discutir muchas cosas con él. A mí me interesa mucho la actual etapa de la revolución cubana. Yo siento que han pasado muchas cosas en Cuba. A mí me interesa mucho esta etapa de la búsqueda de la democracia proletaria. Esto me apasiona, porque yo trabajo intelectualmente este tema. Quiero ver la realidad allá para establecer si las conexiones que intelectualmente yo hice corresponden a la realidad cubana.

—Lo que tú dices abre toda una polémica.

D.—Claro; esto es muy delicado, muy importante. Pero estoy en contra de las polémicas. Creo que ha llegado el momento de la argumentación, y la argumentación apunta siempre a planteamientos políticos.

—Parece divisarse desde ahora una polémica entre Régis Debray y Régis Debray.

D.—¿Ustedes están aludiendo a «¿Revolución en la revolución?» Bueno, yo respondo. Redacté, en mil novecientos sesenta y ocho, una crítica a «¿Revolución en la revolución?». Fue un intento de superar ese libro y de profundizarlo para enriquecerlo. Digamos para lograr algo dialécticamente superior a «¿Revolución en la revolución?», pero es una autocrítica



Toda autocrítica es una victoria.

ca aceptando los presupuestos de «¿Revolución en la revolución?». Este análisis gira en torno a cuatro puntos fundamentales: la ciudad. Digamos una reevaluación del trabajo revolucionario en la ciudad, un poco explicando que la polémica ciudad-campo, tal como estaba planteada en «¿Revolución en la revolución?», me parece abstracta y, como tal, limitada.

Otros puntos se referían al predominio de lo político sobre lo militar, en cuanto a la dirección de la lucha armada y en cuanto a la formación de los revolucionarios. La formación de un revolucionario no puede ser predominantemente militar.

El tercer punto se refiere a la relación estrategia-táctica. Y el último era una valoración de lo nacional, o sea, de la especificidad nacional.

Me di cuenta que había que abandonar polémicas en cierto modo superficiales para meterse en la historia de Latinoamérica, no para hablar de ella en un sentido estrictamente político, sino en un sentido sociológico y luego económico. O sea, que había que fundamentar los estudios. Para llegar a trazar una estrategia hay que explicar, desde el punto de vista marxista-leninista, cómo se desarrolla la lucha de clases en

América Latina, qué especificidad tiene esta lucha en cada país. Esto lleva a rehacer toda la historia de la formación de Latinoamérica.

—¿Cuál sería tu crítica principal a «¿Revolución en la revolución?»?

D.—La fundamental, creo yo, que es un libro abstracto, que se maneja en el nivel de las abstracciones con respecto al rol del partido y de la relación campo-ciudad. Yo doy a la guerrilla el concepto de guerra del pueblo, o sea, que es el pueblo el que hace la guerra, el sujeto de la guerra es el pueblo. El pueblo no es una élite, el pueblo no es una vanguardia.

—Claro, la experiencia asiática.

D.—Sí. En Vietnam están haciendo cosas, les están ganando a los yanquis con los niños de siete años y con los ancianos y con las mujeres también. Porque todas estas capas tienen su lugar dentro de la guerra del pueblo. Me parece que la lucha guerrillera es parte de un abanico de métodos de lucha que permiten la integración de todos los sectores de la población.

—Pero «¿Revolución en la revolución?» jugó un papel, ¿no?

D.—Quizá jugó un papel provocador, en el buen sentido de la

palabra. Creo que sirvió de catalizador en un determinado momento político. Esto fue un hecho positivo. Jugó una acción dinamizadora, me parece. Pero creo que actualmente todos nosotros tenemos mayor experiencia como para superar las limitaciones que tiene «¿Revolución en la revolución?».

—Parece que has podido utilizar bien el tiempo en la cárcel.

D.—He reflexionado mucho, y, como he dicho, pienso que para hacer un análisis correcto de América Latina de hoy es necesario profundizar en las fuentes mismas del marxismo-leninismo. En la cárcel, naturalmente, tuve tiempo para estudiar estas cosas.

—Entonces, sería interesante que nos dijeras qué significado puede tener la cárcel para un intelectual revolucionario.

D.—Yo creo que es la ocasión para un intelectual revolucionario de hacer un balance crítico de sí mismo. Porque, finalmente, uno está encerrado con uno mismo. Automáticamente mide sus fuerzas. Como intelectual, uno no necesita solamente de libros, también necesita un diálogo, discusión y contacto con la realidad. El peligro entonces de la cárcel está en un cierto ensimismamiento. Se puede producir cierta neurosis, fantasías, y monologar demasiado.

Hay un peligro objetivo en la squizofrenia, el peligro de construir un mundo imaginario. Claro, esto depende mucho de las condiciones de la cárcel, de la posibilidad de tener visitas, etcétera.

Pero, en todo caso, creo que la cárcel es una buena experiencia. Para uno o dos años, por ejemplo. Pero llega un momento en que se agota la resistencia, en que se comienza a dar vueltas sobre una misma cosa. Para alguien como el peruano Hugo Blanco, la cárcel debe haber sido muy dura. Puesto que siete años son muchos. Por eso yo estoy tan contento de que él y Héctor Béjar hayan salido libres. Me sentía menos libre si no hubiesen salido Hugo Blanco y Béjar. El tiempo que aparentemente se queda a la acción puede resultar un tiempo que se puede hacer ganar la lucha.

—Y a propósito de esto último de tu referencia a la amnistía en Perú, ¿por qué no nos narras los pormenores de tu liberación en la de *Ciro Bustos*? ¿Te parece que entre la decisión del Gobierno peruano y la del boliviano hubo algún punto común?

D.—Le diré: en Bolivia no querían lanzar la amnistía. Y en el último instante, cuando se produjo la amnistía que Velasco Alvarado dio en Perú, esto fue como a gota que desbordó la copa en Bolivia. Yo no tenía esperanzas de que me liberaran. Tenía esperanzas de otro tipo... No creí que me iban a poner en libertad porque en ese momento se había creado un clima artificial de subversión, de amenazas contra el presidente Torres, y la situación no parecía, en este sentido, ya insalvable.

Por otra parte, estaba la oposición a nuestra liberación por parte de un sector del Ejército. Sector que, hay que reconocerlo, había sido desplazado de los puestos de mando.

Sin el desplazamiento de esos militares fascistas, creo que habría sido muy difícil que me vieran en libertad; me enteré luego que la tarde precedente a la liberación, el periódico «Última hora» había anunciado el descubrimiento de un complot para asesinar a Torres. El comandante en jefe de las Fuerzas Armadas bolivianas, general Luis Reque Terán, finalmente declaró en forma pública que no eran contrarios a nuestra excarcelación. A una semana de la liberación, Reque Terán llamó a Elizabeth para garantizarla que yo saldría libre pronto. Ella le respondió que no creía una sola palabra de lo que él le estaba diciendo. Hicieron luego una gran cantidad de consultas intermilitares. En las reuniones, la mayoría de los oficiales votaban en contra de la liberación. Pero finalmente creo que

tuvieron que ceder por razones políticas, debido a la presión popular desde abajo. Recuerdo muy bien, con todas sus palabras, lo que decía un oficial a través de una emisora de radio vecina de mi celda a mediados de noviembre: «No, mi general. Todos los de la Segunda División de Oruro nos hemos pronunciado contra la liberación de estos individuos, y aquí también (en Camiri) hay el mismo sentimiento».

La cuestión es que hay algunos militares fascistas en Camiri, en el Servicio de Inteligencia Militar, que inclusive dijeron a algunos periodistas que iban a matarme. A mí no me lo dijeron, porque tenían orden de no hablar conmigo, tanto por medidas de seguridad como para evitar que yo les transmitiera propaganda marxista. Algunos me tenían un odio feroz. De algún modo, yo también era un trofeo para ellos. Asimismo, en contra de mi libertad operaban las gestiones que hizo el general argentino Alejandro Lanusse. El, personalmente, hizo muchos contactos en Bolivia en ese sentido.

En cuanto a la cuestión de Perú que me preguntaban, les puedo decir, como me contó Elizabeth, que el Presidente Velasco Alvarado propuso, a fin de noviembre, al Presidente Torres, realizar una operación conjunta de amnistía general de prisioneros políticos. Torres respondió que estaba de acuerdo; pero, en efecto, esperó que Velasco fuera el primero en actuar.

—Y en Camiri, ¿qué pasaba mientras tanto?

D.—Sí, pero quiero explicarles. Por algo me enviaron a Camiri, por algo hicieron esa cárcel... Camiri es un lugar sin Universidad, sin organización obrera. Hay una pequeña aristocracia obrero-petrolera, un sindicato controlado por los barrientistas y los yanquis, como muchos petroleros del mundo, y ese sindicato nunca se interesó por el problema. De haber estado yo en Cochabamba, en Santa Cruz o en La Paz, en el panóptico de esa ciudad, como todos los demás presos políticos, yo hubiera salido antes. Cuando el golpe que derrocó a Ovando, se produjo por el lapso de algunas horas un vacío de poder. Un grupo de universitarios armados se presentó en el panóptico y por la fuerza puso en libertad a los presos políticos. Sucedió una cosa muy cómoda: antes de salir yo de Bolivia leí en el periódico «Presencia» que dos presos, a quienes se les ofreció la libertad en ese momento, no quisieron salir porque se encontraban enfermos de gripe. Cuando fueron a buscarles unos grupos armados, prácticamente protestaron porque les molestaban y se negaron a levantarse.

LOS PRECIOS DE LA LIBERTAD

CARLOS MARIA GUTIERREZ

La inestabilidad del régimen boliviano, que se manifestaba hasta hace unas semanas por una indecisión pendular entre las exigencias civiles de radicalización y las presiones conservadoras de las fuerzas armadas, parece haber encontrado puntos de apoyo más sólidos, por primera vez; presumiblemente, dentro de las propias filas militares. Sólo así se puede explicar las dos recientes decisiones del Presidente Juan José Torres: el 16 de este mes, desafiando a la oligarquía agrícola de Santa Cruz y al barrientismo castrense que tiene su base en ese departamento, nacionalizó la industria azucarera; el 23, operando con sigilo y rapidez, sorprendió a todos poniendo en libertad a Régis Debray, *Ciro Bustos* y sus compañeros de prisión en Camiri.

Las dilatadas negociaciones, promesas y desistimientos ocurridos durante tres años entre el movimiento mundial de solidaridad con Debray y los sucesivos Gobiernos bolivianos habían demostrado con su inutilidad las dificultades del asunto. A partir de la muerte del Presidente René Barrientos, en abril de 1969, todos los regímenes bolivianos posteriores se apresuraron siempre a señalar su buena disposición hacia Debray y sus propósitos más o menos futuros de liberarlo. Pero esos propósitos chocaban siempre con la irreductible oposición de los mandos militares.

Curiosamente, Debray y su peripetia se han incorporado de tal modo al acontecer boliviano, que llegaron a ser una especie de indicador de situación política, sobre todo de los militares. Mientras permanecía en la actividad puramente castrense, era difícil que un general opinara a favor de la libertad del prisionero. Pero apenas ese mismo general cruzaba la línea sutil que en Bolivia separa su

oficio de la política, entonces comenzaba a encontrar mal que Debray continuara en la cárcel. «Me di cuenta que el viejo tenía aspiraciones presidenciales —relató una vez un periodista de Cochabamba, refiriéndose a Ovando— cuando le oí decir que era partidario de soltar a Debray».

Con Torres se ha repetido ese caso. Durante una conversación mantenida en su despacho a mediados de diciembre de 1969, el general me había asegurado: «Mientras dependa de mí, le aseguro que el señor Debray tendrá que cumplir su condena completa, día por día». En ese momento, Torres era sólo comandante en jefe de las tres armas y no se preveía el debilitamiento de Ovando ni el fulminante ascenso de mi interlocutor a la Presidencia. Pero cuando el 7 de octubre pasado Ovando renunció bajo la presión de un golpe incurso del general Rogelio Miranda y, cuarenta y ocho horas después, Torres arrebató el poder a Miranda y se instaló en el palacio Quemado, era previsible que su actitud ante Debray debía cambiar tarde o temprano.

La liberación de los presos de Camiri ha integrado, desde 1967, la lista de reivindicaciones que el movimiento sindical y las bases populares bolivianas plantean con tenacidad. Ningún Presidente que necesite el apoyo de esos sectores ha podido negarse a incorporar la medida dentro de su programa de gobierno. Y para ese período posterior a la toma del poder, Debray también sirve como barómetro. Planteada la promesa de liberación que es costumbre, los bolivianos han podido apreciar que ella es más fácilmente postergada a medida que el Presidente se somete a las presiones militares. Y que, por lo contrario, la decisión comienza a concretarse en hechos cuando el gobernante

REGIS DEBRAY

Yo estoy convencido que quince personas, hasta sin armas, presentándose en nombre de algo, de cualquier cosa, hubieran conseguido mi libertad en ese momento. Porque se sabe, como dice Malraux, que la revolución es la usurpación de la autoridad. Cualquier persona en ese momento puede atribuirse cualquier función. En todas las ciudades y pueblos de Bolivia actuaron comités revolucionarios que procedieron así, salvo en Camiri, donde, como ya les expliqué, no hay organización estudiantil u obrera. Fue el único lugar donde no se cumplió la huelga que decretó la Central Obrera Boliviana durante el golpe contra Ovando. Y los petroleros están afiliados a la Cob. Ellos sólo entraron a la huelga al mediodía, cuando ya Torres estaba en el Palacio Quemado, o sea, cuando ya había seguridad de que la huelga fuese victoriosa.

En Camiri, los militares lo controlan todo, la vida política, social, callejera, etcétera. La misma Camiri es una cárcel. Hay una cosa, sí, que quiero mencionar. El único órgano de expresión popular en Camiri es un órgano magnífico que se llama «La Voz del Pueblo». Es el único periódico local y se edita, mimeografiado, semanalmente. Incluso salió bajo el gobierno de Barrientos. Es hecho por un revolucionario que siempre se portó conmigo de forma magnífica. Él se llama Arnulfo Pena. Es un maestro que gana muy poco. Estuvo en el Norte de Chile. El mismo lo redacta, lo imprime y lo vende. Es un hombre muy valiente, incluso llegó a hacer una encuesta entre la población de Camiri sobre si debían o no ponerme en libertad.

—¿Qué resultados arrojó la encuesta?

D.—Positivas. Y a los que opinaron en contra, Arnulfo Pena les colocó una pequeña descripción señalándoles como los reaccionarios del pueblo.

—¿Y la "operación libertad", en sí mismo, cómo fue?

D.—No sé bien qué hora era. Creo que era la una de la madrugada, pero no miré el reloj. Me desperté cuando dos personas entraron en mi celda. A uno ya le conocía: era Ortiz, el ayudante del jefe de la guarnición. El otro, desconocido para mí, estaba vestido de civil y armado. Me dijeron simplemente que me levantara y llevara estrictamente lo necesario. Nos fuimos. Y aunque hubieran venido a buscarme para otra cosa, les hubiera seguido de todos modos. Aunque sea sólo para dar cuatro pasos por el campo...

—¿Pudiste llevarte todos tus manuscritos?

D.—Se los había llevado anteriormente Elizabeth, escondidos en sus botas. Continúo. A las seis de la mañana del martes veintidós de diciembre, un avión aterrizó en la pista del aeropuerto de Yacimientos Petrolíferos Bolivianos, lejos de ojos indiscretos. El aparato estaba pilotado por tres militares en uniforme, a quienes luego se les ordenó abandonar sus puestos. Cuatro hombres vestidos de civil, pero armados con pistolas y metralletas, vinieron a Camiri en la noche. A la «hora cero» despertaron al comandante de la Cuarta División, coronel Jaime Mercado; después despertaron a Ortiz. Al centinela de mi celda le ordenaron que se alejara. Ortiz, cuando entró en

mi celda, me dijo: «Nos vamos». Junté mis cartas y salimos.

Las calles de Camiri estaban vacías. Un jeep estaba estacionado en el costado derecho del comando. Arribamos al aeropuerto en veinte minutos. Desde las dos a las cinco de la mañana esperamos sentados en el avión. Despegamos cuando sonó la sirena del primer turno de trabajo de los obreros petroleros. A las siete ya estábamos volando sobre territorio chileno. A esa misma hora, en La Paz, el Consejo de Ministros se reunió y decidió anunciar que Torres había dictado el decreto de expulsión.

Pocos minutos después de los ocho descendimos en Iquique.

—Y ahora, ¿qué puedes decir de la solidaridad que recibiste mientras estuviste en la cárcel?

D.—Sí; mi caso tuvo una solidaridad realmente desmedida, excesiva. Lo que quiero decir es que se comprobó esa importante ley dialéctica enunciada por Mao Tse-Tung que dice que en cualquier proceso la causa externa ejerce sus efectos a través de la causa interna. Quiero decir con esto que durante el período de Barrientos tuve solidaridad internacional, pero la solidaridad interna de Bolivia no se podía expresar, salvo por parte del sector estudiantil, que fue conmigo formidable. Los estudiantes emitieron comunicados de una agresividad contra Barrientos increíble. Pero toda esta actividad, de tipo intelectual digamos, no dio resultados por muchas razones. Quizá porque irritaban al nacionalismo; también por desconocimiento de la gente, a la que a veces faltaba información para adecuar su acción.

Hubo gestos magníficos; por ejemplo, el de Moravia, que hizo un viaje especial para hablar con Ovando; François Maspero fue el primero en llegar a Bolivia; luego, Feltrinelli, Mauriac, Malraux, La Pipa, la solidaridad de la Fundación Russell. Todo eso fue extraordinario. Pero la cuestión cambió totalmente cuando las masas recuperaron su capacidad de expresión en Bolivia, cuando Ovando se vio obligado a «destapar la olla» un poco, al reestructurarse la Central Obrera Boliviana, al debilitarse el monopolio de la CIA sobre la prensa, al comenzar a resurgir partidos democráticos. Cuando al fin el pueblo salió del «impasse» barrientista, entonces se produjo una campaña popular y nacional de solidaridad. Llegó a ser algo realmente impresionante. Alcanzó hasta sectores campesinos, sin hablar de los dirigentes mineros, fabriles de La Paz, etcétera. Ya no eran cosas desde fuera, eran cosas desde dentro de Bolivia.

En el plano personal, mi compañera, Elizabeth, era el centro de todo. A través de ella pasaban las gestiones que se hicieron en mi favor. En sus manos tenía todos los hilos, y los manejó con gran habilidad. No puedo dejar de recordar todas las humillaciones que ella pasó por cumplir su tarea. No sólo la aguantó, sino que se mantuvo firme y jugó un papel extraordinario.

Tampoco puedo dejar de recordar a mi abogado boliviano, Jaime Mendizábal, que hizo un gran trabajo, al igual que mi abogado francés, George Pinet, y el italiano Corghi. Asimismo, a periodistas como Carlos Núñez, de Prensa Latina, que trabajaron se-



Entrevista de prensa antes de ser juzgado por actividades guerrilleras. A la izquierda, un traslado provisional de Camiri por razones de seguridad.

riamente la información relativa a mi caso.

En lo que se refiere a la solidaridad conmigo desde Chile, por ejemplo, puedo citar la hermosa carta que Pablo Neruda le envió a Ovando. En ese momento Neruda era candidato presidencial del partido comunista. Le contesté en una carta, que no sé si se publicó, agradeciéndole su gesto. Por encima de las discrepancias del pasado y las divergencias del presente. Además quiero destacar especialmente que los comités de solidaridad de Chile, Francia e Italia jugaron un gran papel.

—En la cárcel, ¿pudiste informar del triunfo de la unidad popular en Chile?

D.—Sí, efectivamente. Yo había pensado en la posibilidad de victoria de la unidad popular en Chile. Tenía una duda, eso sí, en la diferencia que habría entre Allende y Alessandri. Tenía miedo de que Alessandri le ganara por unos pocos votos. Pero se dio o no la victoria electoral, lo fundamental, aun en la hipótesis del fracaso, era lograr la unidad y lograr el mayor número de votos posible como una base de acción para un posterior desarrollo eventual del proceso.

En todo caso, había que jugar la carta electoral a fondo, porque las elecciones en Chile forman parte, digamos, de la sustancia histórica del país. Tienen un papel político, no se puede hacer como si no existieran.

—¿Qué posibilidades le ves a la experiencia chilena? ¿Crees que puede ser una forma válida para el resto del Continente?

D.—Eso último me parece un esquematismo más. Primero, porque ninguna fórmula táctica, sea cual fuere, puede tener validez para el Continente. Luego, si bien en Chile este camino era posible y respondía a las condiciones existentes, pensar en exportar o tal cual sería una estupidez. Por supuesto, este triunfo se conecta a una coyuntura donde los electoristas encuentran viento en popa para sus argumentos. Pero se equivocan mucho. Y se equivocan a pesar de que hay un poder de incitación, positivo en todo caso, hacia países vecinos. Puede ser que la victoria de la unidad popular en Chile vaya a dinamizar el proceso hasta en la misma Bolivia, donde, aunque todo el mundo sabe que no se van a ganar nunca las elecciones, la unidad popular chilena precipita, digamos, la unificación. La conciencia acerca de la importancia de la unidad, afirmada sobre la base de un programa mínimo, revitaliza las esperanzas, aunque allí se van a cumplir de otra manera, por supuesto.

La victoria chilena tuvo una repercusión muy grande en la clase obrera boliviana. Esto me

parece una prueba de que la correlación de fuerzas en el Continente está cambiando, sobre todo en un país como Bolivia, al que se mostraba como aislado, cercano. Con la unidad popular en Chile ya el cerco no existe.

—¿No crees que el marco legal en que se produce el proceso chileno puede impedir que éste se desarrolle?

D.—El encauzamiento del proceso chileno por cauces constitucionales puede llegar a ser, en efecto, una traba en un momento determinado. De ahí la importancia de establecer relaciones estrechas con la base, con la masa del pueblo. Me encuentro que muchos compañeros insisten en la posibilidad de un golpe militar en Chile. Me parece que están idealizando a la derecha, porque no es tan tonta como para dar un golpe, aunque pueda intentarlo. Me inclino más bien a creer que actualmente el peligro máximo estaría en el aburguesamiento desde dentro.

Creo que el movimiento de izquierda revolucionaria tiene un papel importante actualmente. Puede ser un núcleo de estructuración en resguardo y en defensa del proceso. La táctica de la derecha hay que verla tal como es. Es mucho más peligrosa la maniobra envolvente que ella puede hacer, tanto desde dentro como desde fuera, que el enfrentamiento momentáneo, instantáneo y puntual, el choque armado, golpe, etcétera. Esto no haría a la derecha más que aislarla, y ella lo sabe. Podría ser que tratara de embeberse como una esponja dentro de la unidad popular, aprovechando a los sectores más débiles de la propia unidad popular. Podría ser que a través de la lucha por los cargos, el afán burocrático, el culto a la autoridad local, etcétera, el «establishment» vaya a tratar de absorber a la unidad popular, de disolverla desde dentro, más bien que romperla desde fuera. Este es un método burgués mucho más inteligente que una oposición que lleve al enfrentamiento. La derecha no va necesariamente a emplear el enfrentamiento por muchas cosas, una de las cuales es que las tradiciones de las Fuerzas Armadas chilenas son positivas para el proceso actual.

El peso de esta tradición inclina hacia donde no inclina el peso de la tradición boliviana o argentina. La tradición allá es golpista. No es probable que las Fuerzas Armadas chilenas se conviertan en la fuerza de choque de la burguesía, como sucedería en otros países, principalmente después del fracaso de la Operación «Schneider».

No temo tanto al choque como al ablandamiento. El choque, dialécticamente, genera re-

LOS PRECIOS DE LA LIBERTAD

resiste a esas presiones (o sea, se radicaliza hacia la izquierda) y debe, en consecuencia, respaldarse en las masas. Si este acertijo político que Bolivia viene jugando hace tres años en torno al preso guardado en una remota aldea selvática mantiene aún sus reglas, desde el 23 de diciembre puede hacerse una predicción bastante probable: el general Torres está decidido a profundizar su revolución, ha resuelto cortar sus vínculos con la opinión militar (con prudente lentitud, preferiblemente) y ha iniciado una apertura hacia los organismos sindicales y de masa.

La relativa solidez de esas intenciones todavía es una incógnita; la tentativa autonómica de Torres es tan arriesgada como para que algunos generales pudieran sentirse obligados a interrumpir el experimento presidencial. Un primer mandatario que en Bolivia saque un pie de la tierra firme, representada por el respaldo de las fuerzas armadas, y procure asentarlo en el movimiento sindical o en los partidos de la izquierda, puede quedarse fácilmente con ese pie en el aire y con el otro en pésima posición. Aunque producen tesis políticas que analizan correctamente la situación nacional y establecen las soluciones adecuadas, tanto los Sindicatos que agrupa la Central Obrera Boliviana como los partidos revolucionarios no han logrado, en cuanto a acción práctica, los niveles de madurez y brillo que alcanzan esos documentos teóricos. Si bien expresan una tradición revolucionaria notoriamente avanzada con respecto a otros países del área, ambos sectores no han sabido (o no han querido) instrumentarse de modo eficiente para ejercer el poder político del Estado.

La derecha militar debe estar lo suficientemente «agraviada» como para resolver, de ahora en adelante, que Torres se le está escapando de las manos. (En noviembre, el general Reque Terán comentó a un amigo visitante que la libertad de Debray «sería una bofetada en el rostro de todos los nuestros que murieron peleando contra el "Che"»). Pero otra de las «ofensas» causadas por la decisión de Torres —y quizá la más imperdonable— ha sido, sin duda, el haber estropeado negociaciones paralelas que algunos sectores del elenco ofi-

cial estaban conduciendo por su cuenta. Resumirlas es una buena forma de entender en qué grado la corrupción militar instaurada por el barriatismo sigue funcionando parcialmente en Bolivia y cuál es la condición heterogénea de los equipos con que Torres debe conformarse por ahora.

LAS VOCES MULTIPLES

El diario *Presencia*, de La Paz, enumerando las especulaciones que se realizaban en torno a la actitud del Gobierno en el caso Debray, había deslizado el 26 de noviembre una frase enigmática: «Se ha dicho que el Gobierno estaría negociando con Francia la libertad de Debray». Esto era cierto, y todos los periodistas bolivianos y extranjeros ocupados en el caso lo sabían. La negociación con Francia venía arrastrándose desde hacía muchos meses, pero era Torres quien la había concretado en una condición a la vez razonable para el Gobierno de Pompidou y decorosa para la susceptibilidad de los militares bolivianos: Debray quedaría libre a cambio del equipamiento por Francia de un batallón de ingeniería, que sería destinado a trabajos viales en el interior del país. De estas *démarches* estaba encargado un oficial de plena confianza de Torres (posiblemente, se decía en La Paz, el mayor Rubén Sánchez, jefe de la guardia presidencial). Del lado francés actuaba el embajador Joseph Lambroschini, un viejo amigo del general De Gaulle y veterano *barbouze* del elenco gaullista. En octubre, Lambroschini había sufrido un principio de infarto y su salud le había obligado a pedir el retiro, pero no quería irse de Bolivia sin haber sacado a Debray de la cárcel. «Si Régis no sale —me dijo Lambroschini a principios de este mes, en La Paz—, consideraré que no he completado mi carrera diplomática».

Tanto el planteo de Torres como la respuesta del Gobierno francés fueron desde el principio absolutamente secretas y, además, oficiosas. Las condiciones bolivianas estaban contenidas en una carta suscrita no por el Presidente, sino por el militar negociador; la aceptación francesa consistía simplemente en una carta del embajador Lambroschini, comprometiéndose por la afirmativa.

LOS PRECIOS...

Ambas partes habían convenido en considerar como palabra oficial ese tipo de compromisos privados.

Puede asegurarse que ésta era la única posición de Torres al respecto. El embajador francés, profundo conocedor de la política boliviana, lo sabía y fue sobre esta línea que el Ouai d'Orsay aceptó iniciar la discusión oficiosa de un «rescate» por Debray. La solución no involucraba beneficio personal para nadie y podía, dado su carácter institucional, aplacar una posible protesta de los sectores derechistas castrenses (siempre que ella fuera honesta y se refiriera a cuestiones de prestigio militar). Pero, curiosamente, mientras la negociación verdadera se desarrollaba confidencialmente y Torres no decía una palabra al respecto, en todo ese crítico noviembre se sucedían las declaraciones y las contradicciones de otras autoridades que nada tenían que ver con ella.

Esta garrulería era notablemente inexacta además. El ministro de Gobernación (Interior), Jorge Gallardo, anunció a la prensa, el 31 de octubre, que «la amnistía estaba a estudio»; el 25 de noviembre afirmó oficialmente: «La semana que viene no habrá ningún preso político en Bolivia»; el 3 de diciembre volvió a comprometerse: «Para el 20 no habrá detenidos políticos». Pero Debray fue liberado por indulto, no por amnistía, y los plazos señalados por el ministro no se cumplieron nunca.

Otros aparentes portavoces del régimen tuvieron actitudes más graves que la inconsecuencia de Gallardo. El general Reque Terán, comandante de ejército y máxima autoridad castrense, pasó esas semanas comentando el caso Debray a la menor insinuación de los periodistas (y a veces sin ella). Llegó, el 4 de noviembre, a examinar, en rueda de prensa, la posibilidad de cambiar a Debray por Huber Matos —detenido en Cuba por conspiración y cumpliendo una condena desde 1960— y a comentar: «Me parece buena idea, pero me parece barato». El 10 de noviembre, Reque declaró que «las fuerzas armadas acatarán la decisión del Presidente», y el 23 volvió a reconocer que «todo está en manos del Presidente», pero ese mismo día añadió —mientras Torres había anun-

ciado ya que una comisión de jurisperitos examinaba la vía de ejecutar la liberación de los presos, y la Universidad de La Paz había presentado un proyecto técnico de amnistía— que «no puede haber amnistía para Debray». No menos contradictorio con las posiciones presidenciales se mostró en esas semanas el propio ministro de Defensa, general David la Fuente. Cuando había trascendido, ya que en una reunión de generales efectuada en el Colegio Militar el primero de diciembre representantes de todas las guarniciones de Bolivia habían aprobado la liberación de Debray a proposición del Presidente, el ministro salió a la prensa dos días después negando que ese consentimiento hubiera ocurrido. «Ni el Gobierno ni las Fuerzas Armadas —dijo La Fuente— han llegado a una definición sobre la excarcelación de los extranjeros Debray y Bustos, cuestión que todavía sigue a estudio».

Esta multiplicidad de voces no se debía sólo a la actuación de autoridades inorgánicas o ineficientes. Tales discrepancias eran casi siempre deliberadas en lo relativo a las fuentes militares. Descartando las previsibles inexactitudes del ministro Gallardo (un joven político ambicioso, cuyo papel mayor hasta ahora había sido el de redactor de discursos del general Ovando y que no deja de utilizar toda oportunidad de salir en los diarios), los exabruptos de Reque Terán y La Fuente iban al encuentro de la línea general de Torres, ejemplificada por la tentativa de liberar a Debray. Con una diferencia importante: en el caso de La Fuente se trataba de la posición obstinada a toda apertura democrática que refleja el fascismo de los generales bolivianos, sin descartar que esa posición obedezca a fuertes presiones norteamericanas que se tramitan vía Pentágono, pero Reque Terán, con sus insolencias en relación a la jerarquía de Torres, manejaba otras razones menos desinteresadas.

SE ALQUILA AVIONES Y OTRAS COSAS

Durante más de la mitad del mes pasado, la atención pública boliviana se centró en el problema de la recién desbaratada guerrilla del ELN, en el Teoponte. Su jefe, Osvaldo



Generales Ovando y Torres. La actitud de Torres respecto al prisionero de Camiri cambió en cuanto subió al poder.

sistencia, mayor temple de los que resisten y contraatacan. Creo que en Chile puede haber más freno que, digamos, coalición. Por supuesto, hay que tomar todas las precauciones del caso para que no se produzca el atropello salvaje, tipo atentados. Pero políticamente me parece que la cuestión importante no está ahí.

Si lo anterior es válido —y no tengo conocimientos y calidad alguna para adelantar certezas—, esto generaría para la unidad popular la necesidad de tener un gran rigor y control sobre sí misma, como también una gran movilización interna. O sea, si se desmoviliza la unidad popular, si se diera por satisfecha, contenta porque ya tiene los puestos de autoridad formal, los sillones ministeriales, sería catastrófico. Pero entiendo que no será así. Porque me parece que el Presidente Allende está muy consciente de esto.

Hace sólo tres días que estoy aquí, pero me atrevo a decir que el mayor capital que tiene la unidad popular es el Presidente Allende. Quizá en Allende hayan jugado un papel los viajes que él hizo, sus contactos con revolucionarios de otros países. Allende dio una demostración de su capacidad por la manera con que manejó el difícilísimo periodo poselectoral. Hubo allí una mezcla de tacto, delicadeza, prudencia; por un lado y por otro, una solidez ideológica, firmeza de propósitos, que dan la impresión de ser propias de un verdadero hombre de Estado.

En Camiri, en mi celda, escuché por radio una conferencia de prensa de Allende. Las preguntas eran muy capciosas y las

contestó con una gran agudeza y, a la vez, con franqueza. Tuve la impresión que él dominaba la situación.

—Nosotros quisiéramos dejarle tranquilo, que descanses. Pero no queremos irnos sin preguntarte: ¿Cuál es la imagen que conservas del comandante "Che" Guevara?

D.—A mí me parece que el «Che» estuvo muy solo. Tengo la impresión de que soportó esta soledad con una valentía y una abnegación formidables. También quizá con cierta tristeza. Se resignó al aislamiento de su grupo; fuera de los compañeros cubanos que le acompañaban, como Inti, Coco Peredo y otros, el «Che» debió estar rodeado de otra gente, de un número mayor de bolivianos.

En mi relación con el «Che» tuve algunas dificultades para acercarme a él. El respeto tan grande que le rodeaba creaba un cierto vacío humano, hacía difícil el contacto. Sin embargo, muchas veces esto no sucedía y conversábamos muy espontáneamente sobre filosofía, literatura. Sobre temas políticos yo le hice una serie de planteamientos que a él no le gustaron. Por ejemplo, con diversos sectores políticos y sindicales que por razones históricas tenían influencias de masas. El no veía así el problema.

Tengo la impresión de que el «Che» presentía su muerte y aceptaba su destino. No obstante, hay otra cosa: hasta el último momento, hasta septiembre de mil novecientos sesenta y siete, no pude imaginarme que el «Che» podía fracasar. Por lo mismo de que el «Che» fuese

...DE LA LIBERTAD

(Chato) Peredo acababa de ser capturado, y los guerrilleros sobrevivientes comenzaban a presentarse, obedeciendo a las exhortaciones de Torres (que prometía amnistía y exilio inmediato). Pero el ejército, manejado desde La Paz por el ministro La Fuente y el general Reque Terán, y, en el área de operaciones, por el despiadado coronel ranger Valencia, ejercía su propia política: la ejecución de todo guerrillero preso o entregado después de la promesa presidencial. En noviembre, de ese modo, la lista oficial de muertos (cuyos cadáveres, además, Reque Terán no presentaba, para evitar pericias técnicas) fue elevándose hasta pasar de 14 a 55. El escándalo consiguiente esfumó un poco el caso Debray, que iba desarrollándose paralelamente al affaire de las guerrillas. Por eso, algunas actitudes o declaraciones del parlanchín general no fueron tomadas en cuenta. Pero no cabe duda, por lo que se ha sabido, que Reque Terán no descuidaba el manejo de otras negociaciones relativas a Debray.

El 25 de noviembre, el diario **Presencia** —portavoz de la derecha eclesíastica y, en consecuencia, bien informado— había informado: «GOBIERNO DECIDIDO PONER EN LIBERTAD A DEBRAY Y BUSTOS». Añadía que se había descartado amnistía a los prisioneros y que la decisión de libertad tendría «la figura jurídica de un indulto». La noticia era sustancialmente exacta y, al señalar el sábado 28 como fecha en que la liberación se produciría, se equivocaba por poco. En efecto, Torres y algunos de sus hombres de confianza habían fijado la operación de salida de Debray para el lunes 30. (La tentativa no pudo realizarse por una rápida contramano de Reque Terán, que en Cochabamba convocó a federaciones campesinas de tendencia barrierrista y denunció que Debray iba a ser puesto en libertad, con lo cual Torres dio marcha atrás y luego desmintió que hubiera tratado de indultar al prisionero.)

De todos modos, esa información periodística fue la culminación de una semana de gran expectativa. A principios de la semana, el corresponsal de una agencia europea occidental se había acercado a Elizabeth Burgos, la esposa de Debray que aguardaba en La

Paz, con una advertencia sorprendente: «Está todo arreglado. Saldremos en el avión Régis, usted y yo, hacia Lima. Ningún otro periodista podrá ir a bordo». Elizabeth Burgos, que no sabía nada de ningún arreglo, pidió aclaraciones y fue enterándose: el corresponsal había alquilado un avión de la Fuerza Aérea Boliviana —en una exorbitante cantidad de dólares diarios— al general Reque Terán. El avión permanecía desde hacía varios días en el aeropuerto de El Alto, a la exclusiva disposición del hábil periodista y de su, al parecer, inagotable cuenta corriente. Cuando Torres diera la orden de liberar a Debray, éste sería el avión que viajaría a Camiri y desde allí al exterior. Y la esposa de Debray supo otros detalles complementarios: ya el periodista había «arreglado» también con Reque Terán, sin consultar al embajador francés ni a nadie, que el transporte militar iría a Lima (no a Chile, como había decidido Elizabeth a pedido de Debray) y que allí el prisionero sería transbordado a un vuelo de Lufthansa que iba a Europa vía Nueva York.

Todo esto no era meramente insensato y tenía un dudoso propósito; por supuesto, no se llevó a cabo y Debray salió por otros medios y con otro destino. Pero la tentativa fue ejecutada audazmente, intentando enfrentar a la esposa de Debray y a la Embajada francesa con un hecho consumado. La convivencia entre el periodista y Reque Terán llegó a escandalizar al resto de sus colegas destacados en La Paz. Por medios que se puede suponer sin mucho esfuerzo, dados los antecedentes del general —del que se dice que durante la guerrilla, siendo comandante de la IV División, vendía las raciones de combate de la tropa—, el periodista obtuvo que Reque Terán prohibiera a sus colegas destacados en Camiri toda visita o entrevista con Debray y los demás presos. Mientras tanto, él obtuvo para su agencia, o para su comercialización privada, por lo menos tres reportajes a Debray, a Bustos y a los bolivianos encarcelados. Sólo el general Reque Terán, aparte del gerente de la agencia en Francia, saben cuánto costaron realmente estas primicias.

Las «negociaciones» del general y de otros aprovechados personajes no se detuvieron allí.

Lo anterior es sólo **pocket money**, como dicen los ingleses, comparado con la empresa mayor que intentó, a espaldas de Torres, un grupo donde figuraban visiblemente sólo Reque Terán y el subsecretario de Relaciones Exteriores, de apellido Gallardo y hermano del ministro del Interior. (Las evidencias disponibles no indican en absoluto que el ministro tuviera algún tipo de participación en las andanzas de su hermano.) En visitas al embajador francés, en deliberaciones con los abogados de Debray y en otras entrevistas con personas solidarias y vinculadas a Debray, el subsecretario solicitó por la libertad del preso una suma que, según las alternativas políticas, partió de la base de 50.000 dólares y, a finales de noviembre, se cotizaba en 100.000 dólares. Cuando Georges Pinet, el abogado francés de Debray, salió hacia París en la última semana de noviembre, ésta era la cifra que llevó en sus apuntes.

Parece evidente, por lo que ha podido saberse (y, sobre todo, por el estallido de indignación que Torres tuvo ante testigos fidedignos al enterarse), que el Presidente no conocía nada de estos ejercicios diplomáticos de Reque Terán y del joven e inspirado subsecretario. Pero una prueba de su difícil situación en medio de las presiones entrecruzadas sobre su gobierno es que al dársele cuenta no haya tomado ninguna medida contra la pareja de «negociadores». Tanto Reque Terán como su emisario civil siguen en sus puestos.

La salida de Debray, en consecuencia, no ha solucionado una crisis dentro de la disputa por el poder; el caso era sólo un elemento de esa crisis, que se produce por la relación entre la debilidad de Torres y la fuerza de los generales. El indulto es un indicio de que esos términos sufrieron un cambio, pero al mismo tiempo el hecho en sí es un factor potencial de agravamiento de la crisis.

Nadie conoce mejor los mecanismos internos de este proceso boliviano que el propio Debray. Habrá que esperar —ahora que puedo escribirlos— por sus textos interpretativos de una mentalidad militar y una estructura de poder que lo tuvo en sus manos durante tres años y que se resistió a soltarlo hasta el último minuto. ■ C. M. G.

quien era, y también porque yo sobrevaloraba, por cierto tipo de desconocimiento, la organización de apoyo a la guerrilla. Yo me resistía a creer hasta el último momento que esto iba a fracasar. A veces, unos militares hablaban en presencia mía, en tono provocador, sobre los planes que tenían para aniquilar a la guerrilla. Estaban informados de muchas cosas. Llegó el momento en que me di cuenta que el «Che» era también un hombre, un individuo perforable, un individuo que podía enfermarse o tener dificultades para caminar.

—Pero, en esencia, ¿cuál es tu recuerdo del «Che»? Tú sabes que ha habido desde explotación comercial de su imagen hasta valoraciones de verdadero peso e importancia.

D.—Sí, la explotación comercial ha sido infame, sobre todo en Europa. Me refiero a la industria que hicieron los far-santes.

Para mí, el «Che» es el ejemplo de algo que es muy raro, que no se da frecuentemente en la Historia. Me refiero a la penetración del hombre de teoría y del hombre de acción. Es decir, por lo general, los hombres de acción no se dan cuenta de lo que están haciendo y se embriagan con esa acción. Para mí, el «Che» es un exponente ejemplar del leninismo. Un hombre a quien la lucidez y la penetración intelectual no le quitan el valor de arrojarle en la acción. Un hombre que mide constantemente sus pasos, que no se hace ninguna ilusión sobre lo que está haciendo y sigue haciéndolo. El «Che» fue un ejemplo de unión, encarnada en una persona, de la teoría y la práctica revolucionarias.

El «Che» era un hombre que conocía los puntos flacos de las cosas y los analizaba. Pero en el intelectual el análisis tiende a producir desaliento o duda. El tenía, en cambio, la capacidad de caminar observando al mismo tiempo su sombra. Pienso esto no solamente por la experiencia de Bolivia, sino por toda su trayectoria, el discurso de Argel, la capacidad fabulosa que tenía de autocritica, de una autocritica que nunca se convirtió en desaliento. Era de un gran rigor intelectual y moral. Muy pocos logran esta integración íntima de la voluntad, por un lado, y de la inteligencia, por otro. Por lo general, la inteligencia tiende a anular la voluntad. Y la voluntad algunas veces genera ilusiones que van contra la inteligencia. Para mí, en términos personales, el leninismo es esto. Lenin fue otro de características similares bajo otras formas y en otras circunstancias. ■ J. T. y M. C.